

ve patria», su mejor poema—, de Huerta, también mexicano —«Intermedio»— y otros —Buñuelos, por ejemplo—, llega a demostrarnos que el valor de la poesía actual, como la de siempre añadimos nosotros, radica no en el empleo de «un estilo determinado, ni en un lenguaje poético en sí, sino porque adapta el lenguaje a sus propias necesidades, porque lo ensancha para abarcar y comunicar más matices y más significados vitales, porque encierra una manera muy suya de convertir su asunto en experiencia humana, asequible al lector».

Creemos que este libro, por la base de que arranca para la búsqueda del mérito artístico del autor —«Punto de vista, perspectiva, experiencia»—, es, al mismo tiempo que uno de los más objetivos en postura crítica, una aportación valiosa muy a tener en cuenta en el campo del análisis estilístico.

Si parabienes hay que dar a un autor crítico cuando acierta, los mejores para Andrew P. Debicki de nuestra parte por este libro suyo. Es toda una prueba de cómo se puede aprovechar el tiempo de un semestre *sabático*. ¡Ya quisiéramos para nosotros, que llevamos más de cinco años al servicio de la Universidad, disponer de ese tiempo y de ese apoyo económico que él agradece! Con nuestro tiempo iremos luchando y más con nuestra economía. Si al final no hemos aportado mucho, ¿quién podrá reprocharnos algo?

LUCRECIO PÉREZ BLANCO

ANDERSON-IMBERT, Enrique: *El leve Pedro. Antología de cuentos*. Madrid, Alianza Editorial, 1976; 237 págs.

Anderson-Imbert, a quien nosotros ya conocíamos como crítico, como antologista y como creador de la literatura hispanoamericana, llega a los lectores españoles con esta *Antología de cuentos* que ha preparado Alianza Editorial.

Periódicamente, por medio de nuestro amigo Andújar, recibimos sus novedades, y no nos cansamos, una y otra vez, de alabar y animar a esta editorial en su limpia y acertada labor de ofrecer a los lectores de España las mejores obras de nuestros hermanos de allende los mares. Ellos, que llenan muchos escaparates de las mejores librerías del Viejo y Nuevo Mundo, no deben estar ausentes de las nuestras.

El libro que hoy nos ofrece Alianza es una *Antología de cuentos* que ha tomado por título el del primer cuento. Un cuento lleno de fantasía; esencialmente fantasía. Un Pedro tan leve —«era la ingravidez de la chispa, de la burbuja y del globo; le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, coger de un brinco la manzana alta»— que, al final, se nos esfumará entre la inmensidad del aire como un globo incoloro.

Magia y fantasía coronando la realidad de donde arranca y de ahí *realismo mágico* prensado en la palabra ágil y llena de carne sustantiva, porque el estilo de Anderson-Imbert es sencillo, limpio, ligero como el protagonista de su cuento.

Magia y fantasía tocada de ironía realista, donde queda temblando el orden quebrantado por la mente: «¡Hebe! Casi me caigo al cielo!», «Me resvalé. El cielo es un precipicio, Hebe», «¡Pedro, Pedro!... gritó aterrorizada. Al fin Pedro despertó dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de saltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo» (*El leve Pedro*).

«Ironía máquina que, a hurtadillas, se le escapa al mundo del más allá, para quebrar la esperanza de la emoción, al descubrir el misterio: ¿A dónde iría? Ya no tuvo esperanzas de una vida sobrenatural. No. No había ningún misterio» (pág. 16).

Desolada magia, porque se apunta al desengaño, al túnel de la nada: «Les dijo ¡Adiós!, sabiendo que no podían oírlo, salió al patio y voló noche arriba» (pág. 18).

La pluma de Anderson-Imbert juega en el cuento con la irrealidad real —«Oscurecimiento en Nueva York»— o arranca del realismo para saltar al mundo mágico de la reencarnación —«Alejo Zaro se perdió en el tiempo»—, mediante un juego de luces-movimiento que apresan al lector para ese salto del mundo de la realidad al mundo mágico: «De pronto, como si repentinamente se le hubieran destapado los oídos, oyó afuera música, algazara. Más que sus oídos lo que se había destapado era una realidad secreta, espumosa, embotellada, que ahora se desbordaba violentamente, arrastrándolo y emborrachándolo. Se volvió aturdido y descubrió a un muchacho que se erguía frente a un arcón con un cuchillo en la mano, y enderezaba justamente hacia él. Tenía cara demudada y ojos de matar» (pág. 28).

Imaginación sin orden, prendida en los borbotones de lo inconcebible —«El suicida»—; imaginación que se asoma irreverentemente al mundo del pasado, para darnos un Quijote a lo malo —«El general hace un lindo cadáver»—, por lo que, en esto, no le alabamos su genialidad, y donde su protagonista, el doctor Alfonso Quiroga, bebe las mismas locuras que Alonso Quijano, pero en vaso moderno; novelas policíacas. Alfonso Quiroga, como el otro, asiste a su fracaso, porque aquel crimen perfecto con el que soñaba para burlarse de la policía, queda sumido en el olvido. Pero mientras en Alonso Quijano se da el reconocimiento del engaño, en Quiroga nos hiere su postura altanera: «Y ofreció a Dios, espectador único y mudo su moicidio redondo como una hostia». Nos preguntamos de quién habrá pretendido reírse el autor en este relato. La magia de su pluma nos pone algodones de miel en el paladar. Pensamos que no se mirará en esta creación suya con orgullo, porque, a la par que manoscada, nos apaga cualquier gota de luz dulce que quisiéramos arrancarle a este cuento falto de imaginación.

Sin embargo, junto a éste hay otros que ponen brillo de arte en la pluma de Anderson-Imbert y que nos hacen apuntar a ese realismo mágico del que se inviste soberanamente y donde tienen cabida los símiles más logrados y originales: «La ciudad estaba apagada sobre la tierra negra como un cisco de tenues brasas esparcidas», «Las calles de Tucumán se iban blanqueando como una osamente bajo el sol de la siesta...», «Su memoria era como un bal de nuevo». Un símil que apunta a la imagen encendida: «El viejo miraba como desde el fondo de una cisterna»; personificaciones airoas, iluminadas por la imagen: «... los coyuyos soplaban con sus plantas»; la misma imagen llena de armonía —«Una voz que retumbó en la campana del aire»— y que se proyecta hacia la metáfora que, de vez en vez, se escurre entre los rasgos de su pluma —«Se lanzó por el aire caliente de la carretera»— y se queda vibrando como una campana en el adjetivo correcto y acertado: «... se sentía aprisionado en ese aire vibrante y redondo».

Con simpatía podemos acercarnos a su voz mágica. Descubriremos que los cuentos que se nos ofrecen en esta antología nos muestran a un autor que está dentro de la escuela fantástica que hoy es orgullo de la literatura hispanoame-

ricana. *El grimorio, El gato de Cheshire, La sandía y otros cuentos, La locura juega al ajedrez y La botella de Klein*, que Anderson-Imbert publicada en 1961, 1965, 1969, 1971 y 1975, dirán el porqué de esta nuestra afirmación y de la vida palpitante hacia el futuro de América frente a Europa. Europa, desengañada ya de todo, vieja de candil sin amores, vive su desilusión y así no le nace ya la fantasía. América, aún con su sueño en flor, puede imaginar... hilar fantasías que son patrimonio del que espera vida y a quien no se le puede negar el futuro, porque éste es su herencia intransferible. De ahí arranca, a nuestro parecer, el grito literario de los hispanoamericanos. Anderson-Imbert es uno de los afortunados, aunque tenga que vivir violentándose entre la soledad de «un cuento sobre un hombre cualquiera».

L. PÉREZ BLANCO

El cuento hispanoamericano. Antología. Selección y Estudio de Benito Varela.
Ed. Tarraco, Tarragona (Colec. Arboli), 1976; 204 págs.

Asistimos hoy en nuestro país a una progresiva revalorización del comentario de textos literarios como método para un mejor acercamiento y comprensión de la obra en su entraña y en su contexto. En esta depauperada tradición fue un hito el ya clásico *Cómo se comenta un texto literario*, de los profesores Fernando Lázaro Carreter y Evaristo Correa Calderón. Posteriormente se fue sumando algún otro título, y ya en el segundo volumen del colectivo *El comentario de textos* (Madrid, 197), Aurora de Albornoz analizaba el cuento de Gabriel García Márquez «El ahogado más hermoso del mundo».

En esta tendencia claramente didáctica, y refiriéndose más concretamente al campo de los estudios hispanoamericanos, viene a encuadrarse un libro del profesor Benito Varela: *El cuento hispanoamericano contemporáneo*. Recoge una amplia antología de relatos de los más relevantes autores de Hispanoamérica, desde Horacio Quiroga hasta Guillermo Cabrera Infante.

Sirve de introducción un claro y sucinto estudio en que el autor trata de situar el proceso narrativo hispanoamericano en sus coordenadas temporales, sociales y literarias, estableciendo «unos parámetros que saltan desde finales del siglo XIX a las primeras décadas del XX y reaparecen en la producción de mediados de siglo» (pág. 12).

Los parámetros que el autor señala son: la prosa modernista, en contraposición al realismo y naturalismo y en cuanto renovadora del plano de la expresión y del plano del contenido; la efervescencia laboral y los nuevos fermentos ideológicos que propiciaron la revolución mexicana y su posterior resonancia en toda la narrativa hispanoamericana; el contexto histórico-social como fuente ineludible para los escritores y, por último, los movimientos vanguardistas y renovadores.

A este último punto dedica el autor una parte importante de su estudio. Tras enumerar los movimientos vanguardistas en poesía, hace referencia a la labor de Horacio Quiroga, Roberto Arlt, Macedonio Fernández y Miguel Ángel Asturias como renovadores en el campo de la prosa.

Finalmente, el profesor Varela destaca el intenso cultivo del cuento en la